

Hospital para Monstruos

EL CAMBIO
VISCOZO

JOHN
KELLY

ANAYA





EL CRIMEN
VISCOSO

JOHN
KELLY

Títulos de la colección:

Hospital para monstruos

Hospital para monstruos: un rescate repugnante

Hospital para monstruos: el crimen viscoso

Y próximamente:

Hospital para monstruos: juego sucio

Hospital para Monstruos

EL CRIMEN VISCOSO

JOHN
KELLY

ANAYA

1.ª edición: octubre de 2021

Título original: *The Monster Doctor: Slime Crime*

Publicado originalmente en 2020
por Macmillan Children's Books,
un sello de Pan Macmillan.

© Del texto e ilustraciones: John Kelly, 2021

© De la traducción: Sara Bueno Carrero, 2021

© Grupo Anaya, S. A., 2021

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anaya.infantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-8886-5

Depósito legal: M-22328-2021

Impreso en España - Printed in Spain

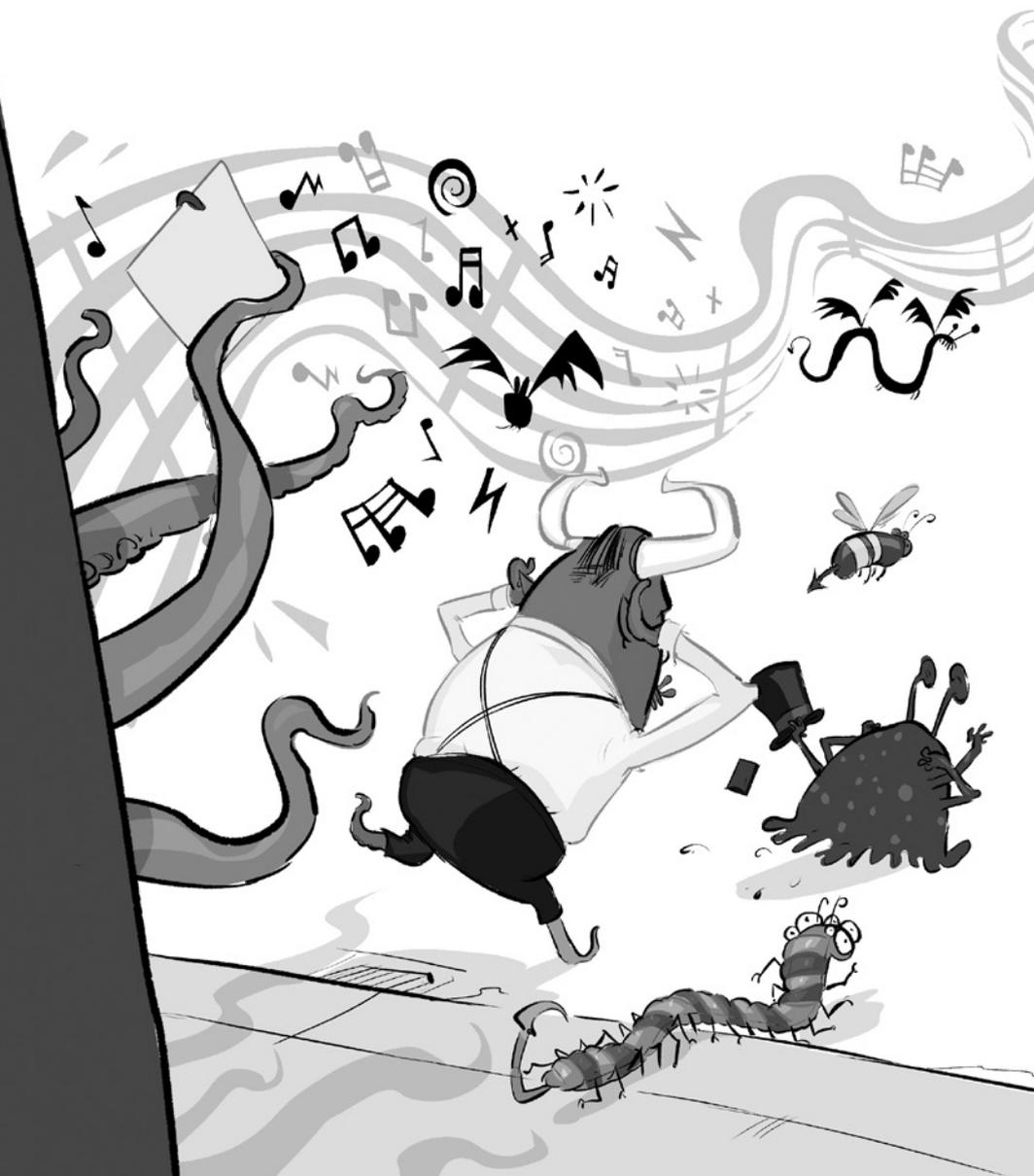


PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

**Querido lector:
He escrito este libro
especialmente para ti.**





ÕNDICE

1. ¿Es verde hoja?	9
2. Aparcamiento	22
3. Mon-Med	38
4. Unos poquitos efectos secundarios	49
5. Spurtie	62
6. Galletas rellenas de mostaza	72
7. Mala praxis	82
8. Fuera de la tele	92
9. Una salchicha en el suelo	110
10. Un loro asmático	123
11. Unos resultados prometedores	139
12. ¡Si hasta lee y escribe!	148
13. Una bonita canción	160
Glosario	174
Fíjate en las palabras con el símbolo  de la doctora y búscalas en el glosario.	
Fragmento de <i>Hospital para monstruos:</i> <i>juego sucio</i>	181





¿ES VERDE HOJA?

Capítulo 1

Se oyó la voz de la doctora de monstruos por el pesado *walkie-talkie* que me colgaba del cinturón.

—*¿Cuál es el color exacto del furúnculo, enfermero Ozzy? Cambio.*

No respondí, porque en ese preciso instante tenía las dos manos muy ocupadas evitando que me cayese de lo alto de una escalerilla de treinta metros. Para no pensar en la **caída**, miré más de cerca el enorme furúnculo que tenía a quince centímetros de la cara. Tenía el tamaño de una **pelota hinchable** a punto de estallar y estaba muy inflamado.

El furúnculo estaba situado en el extremo de una nariz enorme, que a su vez pertenecía a un gigante

también enorme llamado Pequeño Lionel. (Lionel es bajito para ser gigante, y de ahí su nombre. La mayoría de **gigantes** miden como sesenta metros, así que, como Lionel apenas medía la mitad, lo más probable es que fuese medio ogro, la verdad).

—*Vamos, enfermero Ozzy* —dijo la insistente voz de la doctora—. *Repito: ¿de qué color es...?*

—**NO PUEDO COGER EL TRANSMISOR** —grité hacia abajo, donde se encontraba la doctora sujetando la endeble escalera.

La **masa** animada de pelo revuelto, ropa estampada y gafas de pasta que recibe el nombre de Annie von Sichertall (alias la doctora de monstruos, alias mi jefa) levantó la cabeza.

Y, no por primera vez, me pregunté por qué era yo el que corría el peligro de encaramarse a una escalera tan absurdamente alta para examinar **el furúnculo de un gigante** en vez de la propia doctora de monstruos.

Unos minutos antes, cuando llegamos, desplegamos la escalerilla desde el techo de Lance, la ambulancia, y di por sentado





(de forma errónea, cómo no) que sería la doctora la que subiría. Al fin y al cabo, le tocaba a ella.

Sin embargo, la doctora se quedó ahí parada, mirándome expectante.

—¡No! —dije con rotundidad—. La última vez fui yo el que casi se suicida en una misión peligrosa. Ahora te toca a ti.

La doctora me respondió con un motivo muy convincente por el que no podía subir ella. A ver, me pareció muy **convinciente** en aquel momento, pero ahora, echando la vista atrás, no lo recordaba muy bien. Tenía que ver con que le **dolía la rodilla izquierda** o que se le había caducado el seguro. Ya no me acuerdo.

—**¡Enfermero Ozzy!** —me reprendió con amabilidad su voz desde la radio—. **Los doctores de monstruos nunca gritan delante de un paciente, a menos que insistan en hablarte de un absurdo tratamiento que han encontrado en monstruonet. En tal caso, si que puedes arremeter contra...**

—**EL FURÚNCULO ES VERDE CHILLÓN** —grité para que dejase de divagar.

—**¡Anda! Qué interesante** —dijo—. **¿Dirías que es verde hoja? ¿O más parecido al precioso color verde del pus de trol recién supurado?**

Me lo pensé por un momento. Llevaba tres semanas como ayudante de la doctora de monstruos y ya estaba familiarizado con la maravillosa gama de colores del pus de trol.

—NI UNO NI OTRO —respondí—. SE PARECE MÁS A LOS TROCITOS CRUJIENTES DE LAS GALLETAS DE **PISTACHO** Y **FLEMA** DE DOLORES.

Dolores es la gruñona recepcionista de la clínica. No sé qué da más miedo, si Dolores o el contenido de su caja de galletas especiales.



Debajo de mí, noté que Lionel abría la boca. ¡No! ¡Iba a volver a hablar! Me agarré con fuerza a los peldaños de la escalera.

—GRANO... NO... ESTAR... ESTA...
MAÑANA... —dijo con una voz tan lenta y

estruendosa como la radio de los coches al pasar.

Por cierto, los gigantes no son tontos. Si hablan así es porque tienen el cerebro tan GRANDE que la información tarda un montón en ir del punto A al punto B. (Tanto como lo que tardan mis padres en enterarse de cómo funciona una tele nueva).

—¡EXTRAORDINARIO! —exclamó la doctora—.

Conque este furúnculo crece casi tan rápido como el
acné de un adolescente
humano. ♪

Entonces
permaneció
un rato en
silencio.



Y eso era preocupante. Cuando la doctora de monstruos está callada, es por uno de estos tres motivos:

1. Se ha marchado.

2. Se ha vuelto a quedar encerrada en la botica.

(Tenemos que arreglar esa puerta).

3. Está a punto de pedirme que haga algo muy *peligroso* y está pensando de qué manera hacerlo para que no me *siente* mal.

—**Ozzy** —continuó con un tono de voz sospechosamente inocente—, **¿podrías tocar ligeramente el furúnculo para ver cómo de gelatinoso es?**

—YA LO HE HECHO —grité con suficiencia.

Resulta que la noche anterior me había leído el capítulo sobre la **gelificación** diagnóstica en el *Enfermedades monstruosas*, un libro estupendo con un montón de información sobre las enfermedades monstruosas más comunes, algo muy útil para los **aprendices de doctor de monstruos**, sobre todo si son humanos, como yo. Por ejemplo, incluye al principio una sección muy práctica sobre cómo correr muy deprisa.

GELIFICACIÓN DIAGNÓSTICA

La gelificación diagnóstica es el método por el cual los doctores de monstruos miden la **gomosidad** de un paciente (o parte de un paciente). Se trata de un dato muy útil para los profesionales de la medicina, sobre todo antes de introducir un objeto **afilado** en el paciente, como una **aguja**. La piel de algunos monstruos es tan suave que se puede atravesar con un **colín**, mientras que la de otros exige el uso de una jeringuilla para vehículos blindados propulsada por un cohete.

La escala GD comienza con sustancias extremadamente **blandas** y **pegajosas**, como baba de perro fresca (0,0 GD), natillas (1,8 GD) y criaturas gelificadas como los mocos (aproximadamente 3,5 GD).

En el lado opuesto de la escala se encuentran materiales mucho más duros, como el acero (8,8 GD), el **blindaje del colosoaurio** (9,6 GD) e incluso los cereales de desayuno rancios (10,0 GD).

—NO ES MUY GELATINOSO —grité—. YO DIRÍA QUE
4,5 GD.—Como una pelota hinchable bien inflada.

—Eso no me gusta —musitó la doctora—.

Un furúnculo de ese tamaño debería tener una



consistencia blanda, entre Roco el Moco y cerebro humano o flan de vainilla. Vas a tener que tomar una muestra, enfermero Ozzy. Tienes una aguja intermedia en el botiquín.

Me moví con mucho cuidado en la tambaleante escalerilla y hurgué en el botiquín que llevaba colgado del hombro derecho, hasta que al fin mis dedos encontraron una aguja que podría haber servido perfectamente de **punta de lanza de un guerrero espartano.**

—Lo siento mucho —dije mientras sostenía la enorme jeringuilla ante los gigantescos ojos bizcos de Lionel—, pero tengo que clavártela.

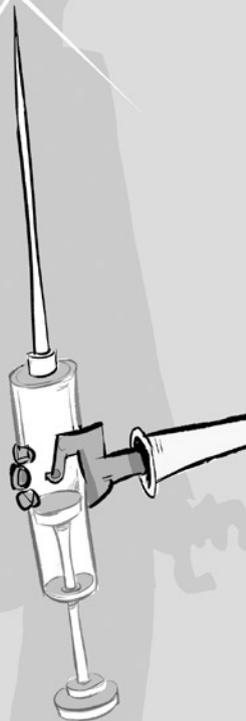
Por suerte, los monstruos no son tan *aprensivos* con las agujas como los humanos.

—NO... PASAR... NADA... —dijo con estruendo—. SER... SOLO... AGUJITA... DE... NADA.

Se echó a reír y casi me tira de la escalera, pero me agarré con fuerza hasta que la escalera (y mis dientes) dejaron de temblar.

—*Recuerda, Ozzy*—me comentó la doctora una vez más por el transmisor—, ***que los gigantes tienen la piel tan gruesa como los participantes de concursos de la tele. Vas a tener que meterle caña.***

Así que agarré la jeringuilla, respiré hondo y me imaginé que estaba intentando cortar una porción de la tarta de mi abuela. Clavé la aguja con tanta fuerza





como pude y, en el momento en que la afilada punta **ATRAVESÓ** la gruesa capa de piel del furúnculo, se oyó un ruido que me recordó a las comidas y cenas en familia.

Era una versión aún más ruidosa del sonido que emite mi hermanita cuando decide, de repente, que la comida que *tenía en la boca* está mejor en el plato. O en la pared de enfrente. O en mi cara.



Era un

¡CHOF!

Pero muchísimo más **ruidoso**.

De repente, estaba empapado y del mismo color que los trocitos crujientes de las galletas de Dolores.

